

Victorial Natalia Raquel Josefa Irene  
Dolores Ana Carmen Rita Graciela  
Adela Eva Ángeles Mercedes Julia  
Montse Susana Maite Macarena  
Belén Alicia Teresa M<sup>a</sup> Luisa Carla  
Andrea Jone Aurora Mar Cristina  
Mabel Esther Leticia Catalina Marta

## Un mar de historias con nombre de Mujer



Lucía Itziar María Rosa Beatriz Mía  
Inés Inmaculada Manuela Silvia  
Rosario Pilar Verónica Ruth Amaja  
Elena Amparo Olga Lidia Fernanda  
Sonia Carolina Antonia Enriqueta  
Berta Blanca Maica Nieves Virginia  
Mariola Rocío Mónica Laura Celia  
Elisa Francisca Clara Bárbara Alba  
Noa Claudia Begoña Marina Daniela



# Un mar de historias con nombre de mujer



**UNIÓN EUROPEA**  
Fondo Europeo Marítimo y de Pesca



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE AGRICULTURA, PESCA  
Y ALIMENTACIÓN



RED ESPAÑOLA DE MUJERES  
EN EL SECTOR PESQUERO

**Madrid, 2020**

1.ª edición: febrero 2020



MINISTERIO DE AGRICULTURA, PESCA Y ALIMENTACIÓN

**Edita:**

© Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación  
Secretaría General Técnica  
Centro de Publicaciones

**Tienda virtual:**

www.mapa.gob.es:  
centropublicaciones@mapa.es

**Texto:**

Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero

**Imágenes:**

Secretaría General de Pesca, Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero,  
Red Española de Grupos de Pesca y Pixabay

**Diseño, maquetación y tratamiento de imágenes:**

Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero

**Impresión y encuadernación:**

Gráficas Muriel

**NIPO:** 003201193

**Depósito Legal:** M-5444-2020

**Catálogo de Publicaciones de la Administración General del Estado:**

<http://publicacionesoficiales.boe.es/>

**Datos técnicos:**

Formato del bloque: 14,8x21 cm. Encuadernación: Cosido. Tapa dura al cromo sobre cartón de 2 mm.

Cromo plastificado con polipropileno mate.

Papel de interiores, guardas y cromo: CreatorSilk de 150 g/m<sup>2</sup>. Estucado semimate fabricado con celulosa libre de cloro ECF.

Impresión digital.

A todas las mujeres del sector pesquero y acuícola, que cada día nos inspiran con su coraje, sacrificio y ejemplo de vida, enseñándonos que el mar no entiende de géneros, sino de sueños.



La Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero quiere hacer un agradecimiento especial a Catalina Molinero Pozuelo, técnico de Tragsatec, por su excelente trabajo en la redacción de este relato, *Un mar de historias con nombre de mujer*, en el que, con gran sensibilidad, ha sabido plasmar y poner en valor el esfuerzo y dedicación de las mujeres en los distintos oficios de la pesca y la acuicultura.



# ÍNDICE

PRÓLOGO.....	9
CAPÍTULO 1. Recuerdos.....	11
CAPÍTULO 2. Golpes contra el techo (de cristal)...	21
CAPÍTULO 3. Mirando al futuro.....	39
CAPÍTULO 4. Retos y oportunidades .....	49
CAPÍTULO 5. Más protagonistas.....	57
EPÍLOGO .....	65



## PRÓLOGO

**S**iempre he querido contar mi historia, pero hasta hace poco no he tenido suficiente voz para poder hacerlo. Tampoco tengo nombre propio, ni cara. Mi rostro es el de todas aquellas mujeres, trabajadoras y luchadoras incansables, que desde antaño han estado aquí y allá, invisibles, pero indispensables.

Quizás me has visto en la playa, excavando en la arena en busca del cotizado tesoro que aprecia tu paladar; o aferrada a las rocas de los acantilados, engañando el golpe de las olas traicioneras. El puerto es mi casa y los barcos son huéspedes cuya actividad marca el ritmo del ir y venir de las pesadas cajas que cargo sobre mis brazos. Y de mis diestras puntadas también depende que estos puedan volver a salir a faenar.

El sol me ha curtido la piel, y el frío y la humedad me han entumecido los huesos. Pero no me importa, pues soy madre, hija y esposa del mar. O simplemente amante y apasionada de la libertad que este duro medio implica, aunque pocas veces me han dejado experimentarla en toda su grandeza, a bordo de esos mismos barcos a cuyo avituallamiento y gestión contribuyo día a día, y en los que veo zarpar a los hombres.

En cambio, las líneas de procesado se han considerado un territorio reservado para mí, donde soy artífice de una mágica transmutación, por la que los frutos de ese mar se convierten en manjares que después vendo al por menor y al por mayor.

Todas estas son algunas de las muchas facetas de mi vida, durante la cual he sido testigo de innumerables historias. Pero hoy voy a contaros la mía, la de todas nosotras.

El relato que sigue se conforma a partir de las vivencias que he ido atesorando durante años de trabajo e investigación. La mayoría de ellas son figuradas, prestadas o extractadas de los testimonios de aquellas mujeres con

rostro y nombre propio que han sido impulsoras o testigos de los cambios y avances que se han producido en este sector a lo largo de las últimas décadas. Por ello, me gustaría que estas páginas se entendieran como un relato colectivo que, a través de una única narradora, pertenece a todas las profesionales de la pesca y de la acuicultura, independientemente de su actividad, pues todas ellas son las verdaderas protagonistas de esta historia.

\*\*\*\*\*

## CAPÍTULO 1. RECUERDOS

**M**i abuela paterna solía decir que la mar era cosa de hombres: «Tú dedícate a cualquier otra cosa, que te irá mejor. Ya ves que en esta casa no da para mucho con lo que tu padre gana en el barco y lo que saca tu madre del berberecho».

Pero nada, ni caso, como el que oye llover. Y es que cuando el mar se te mete en la sangre es muy difícil sacarlo y, a pesar de intentarlo, ya no me conformaba con ir a la playa cuando bajaba la marea, como hacía desde hace algún tiempo, para extraer molusco. Quería vivir del mar, pero de otra manera.

A mi madre le encantaba su oficio y reconozco que de pequeña yo no era capaz de entenderlo. Veía sus manos moradas y entumecidas cuando llegaba a casa, los continuos resfriados que nunca acababan de curarse del todo o las largas noches en vela a causa de la lumbalgia y de un principio de reuma que intentaba disimular con calmantes. Y cuando le preguntaba por qué se dedicaba a eso, ella me respondía: «Porque es lo que he vivido siempre y lo que más me gusta. Trabajo en un entorno natural privilegiado y aquí, en el arenal, me organizo y soy mi propia jefa. Además, me deja tiempo para cuidar de vosotros».

Con los años, yo misma acabaría reconociendo que cada uno en esta vida tiene que hacer aquello que le apasiona, aunque sea duro. Y yo quería ser marinera como mi padre o, ya puestos, capitana de la tripulación, e ir al Gran Sol y ver mundo. Casi nada para una mujer del momento, a punto de estrenarse el siglo XXI.

Desde entonces, la situación de las mujeres tampoco es que haya variado mucho. Bueno, al menos no en lo que respecta a la pesca marítima, porque en relación con el resto del sector extractivo o la industria auxiliar la mejoría sí se ha dejado notar, y tanto que sí.



«Anda que no han cambiado las cosas, hija», recuerdo que me decía mi madre cuando me cansaba de estar tantas horas metida dentro del agua escarbando en la arena. «Tenías que haber visto cómo se trabajaba cuando yo era chica y tu abuela salía a mariscar descalza y se hacía pis encima para calentarse los pies. Sí, eso era lo único que tenían entonces. Ojalá ella pudiera vernos ahora con el neopreno y las botas... Así que no te quejes».

Y llevaba razón. Si bien las condiciones laborales seguían siendo muy difíciles, habían mejorado considerablemente. Por no hablar de cómo había evolucionado el marisqueo desde que lo ejerciera mi abuela materna, allá por los años 60. Fue a comienzos de esa década, y durante la posterior, cuando el Estado empezó a regularlo a través de leyes, órdenes y decretos. Primero, depositó en las cofradías de pescadores el derecho a titular concesio-

nes administrativas de explotación<sup>1</sup>, y luego hizo obligatorio el uso del carné de mariscador para desarrollar la actividad.

Durante los años 80, con la descentralización administrativa y el traspaso de competencias, las diferentes Administraciones territoriales siguieron avanzando en la ordenación de este sector, estableciendo las bases y condiciones para el acceso al oficio e instaurando una explotación racional de los recursos marisqueros. Una regulación que se vio consolidada en la siguiente década con la apuesta de las instituciones por convertir el marisqueo en una actividad profesional generadora de riqueza y empleo estable. «Pero antes de que hubiera tanta norma, cualquiera podía bajar a la playa y llevarse lo que quisiera», rememoraba una de las mariscadoras más veteranas del lugar. «Entonces estábamos tan preocupadas por ganarnos el pan que no nos planteábamos el futuro. Era pura subsistencia. Pero ahora, afortunadamente, las que continuamos trabajando en esto lo hacemos pensando en el mañana». Y qué cierto era.

Aunque había costado ver las cosas de esta manera, el cambio de mentalidad se había producido como resultado de un proceso marcado por la formación y la unión del colectivo. De hecho, cuando entré en la agrupación, las compañeras llevaban ya algunos años organizándose y coordinándose con otras agrupaciones recién constituidas para defender sus derechos.

Esta conciencia gremial había despertado en un encuentro de mariscadoras celebrado en 1995 en el municipio pontevedrés de Vilagarcía de Arousa, en el que se habían dado cita más de medio centenar de mujeres de distintos puertos y cofradías. Fue allí donde mi madre se dio cuenta de que todas tenían cosas en común: falta de

---

<sup>1</sup> García Negro, María do Carme. (1997). Las mariscadoras: un colectivo de mujeres entre la tradición y la modernización. *Archipiélago: Cuadernos de Crítica de la Cultura*, nº 30, pp.112-118.

presencia en los órganos de gobierno, furtivismo, preocupación por el derecho a la jubilación o las enfermedades profesionales... Y entonces entendió que juntas serían más fuertes a la hora de reivindicar el espacio que les pertenecía e influir en las decisiones que les afectaban. Por eso ella fue una de las primeras en defender la necesidad de crear una asociación de mariscadoras —de la que acabaría siendo presidenta—, aunque sabía que solo podrían hacerlo si antes adquirían una identidad grupal y se profesionalizaban. Este fue el primer paso.

La Administración autonómica les ayudó en ese camino a través de programas de capacitación. «Siempre te digo que estudies, hija. Y te lo digo por algo», me repetía continuamente. «A nosotras aquellos cursos nos sirvieron de mucho. Aprendimos a organizarnos y a autorregularnos, a establecer cuotas y tallas, a producir más y mejor para adaptarnos al mercado. Y, sobre todo, comprendimos que sembrar era igual de importante. Dejamos de ser meras recolectoras para convertirnos en cultivadoras. Y gracias a eso, podréis vivir de esta playa tú y tus hijos el día de mañana».

Mi madre y aquellas otras pioneras que iniciaron la senda de la sostenibilidad —a veces incluso en contra de sus propias comunidades— consiguieron convertir un trabajo informal, y a menudo denostado, en una profesión regulada y reconocida como tal, en la que se respetaban cuotas de captura, tallas mínimas o periodos de veda. Y como parte de esa conversión empezaron a realizar nuevas tareas con las que yo, tras sacarme el permiso, me fui familiarizando.

\*\*\*\*\*

Al principio no se me daba nada bien. Me costaba localizar y distinguir los agujeros que los bivalvos hacían en la arena, sobre todo cuando llovía. Y también estaban las semillas, que eran especialmente delicadas.



Había que ir a buscarlas, meterlas en bolsas, desdoblarlas, quitar las que estuvieran muertas, esperar a que alcanzaran el tamaño óptimo y después sembrarlas. Y antes de todo eso había que asegurarse de que el terreno estuviera en las mejores condiciones: oxigenar el sustrato, limpiar continuamente la zona de algas y protegerla de especies depredadoras... Y luego esperar varios años a que crecieran y llegaran a la talla permitida. Se trabajaba mucho y con la vista puesta en el largo plazo.

Pero lo que peor llevaba, sin duda, era hacer las guardias de vigilancia. Solíamos ir en pequeños grupos para disuadir e informar a los veraneantes de que no podían llevarse a casa los mariscos que encontraban pues, además de perjudicarnos a nosotras, podían poner en riesgo su propia salud, ya que esos moluscos que cogían no habían pasado por la depuradora.

Por suerte, nunca tuve que enfrentarme cara a cara con los llamados furtivos profesionales, que solían actuar de noche y en las zonas de más difícil acceso. Muchas de mis compañeras sí lo habían hecho y aseguraban que cada vez estaban mejor organizados, así que los encuentros con ellos no eran precisamente agradables.

Más de una década después, con la reforma del Código Penal en 2015, esta práctica se tipificaría como delito, con la previsión de sanciones administrativas y penas de prisión para los reincidentes, que podían abarcar desde los seis meses hasta los dos años, según la gravedad del hecho. Pero, tanto ahora como entonces, el furtivismo era para las mariscadoras una de las grandes lacras de la profesión, debido a los daños económicos, laborales y ambientales que ocasionaba. Así, además de realizar estas vigilancias, mis compañeras de la agrupación trataban de hacerle frente con campañas de concienciación.

Por eso admiraba a todas esas mujeres. No solo por su coraje y compromiso, sino también por los amplios conocimientos que atesoraban: conocían las características biológicas de cada especie de molusco y eran capaces de predecir el ritmo de crecimiento de los individuos, el estado de las poblaciones en desarrollo o las mejores zonas para la fijación de la simiente.

Yo había hecho un curso para aprender todas esas cosas, pero sentía que el marisqueo no acababa de ser lo mío. «No desespere y date tiempo», me aconsejaba mi mejor amiga cuando quedábamos el fin de semana y le daba cuenta de mis progresos. «Mírame a mí, los años me han dado un sexto sentido que no sabía ni que tenía. Ahora reconozco el peligro tan solo por el sonido del mar».

Era cierto. Mi amiga era una valiente, la Burladora de olas me gustaba llamarla —aunque ella odiara ese mote— porque todos los días se batía en duelo con el oleaje, esquivando sus golpes, sin más armas que sus reflejos y una bien desarrollada capacidad de anticipación.



Ejercía una de las profesiones más arriesgadas del sector pesquero: la de *percebeira* y, aunque me sacaba casi diez años, era una de las más jóvenes de su agrupación, compuesta en su mayoría por mujeres. También era una de las pocas que sabía nadar. Cuando me lo contó no me sorprendió demasiado. De hecho, entre muchas de las mariscadoras de mi asociación tampoco era habitual.

Pero a ella ese conocimiento le había valido para salvarle la vida a una compañera que cayó al agua tras un golpe de mar. Era la única que estaba cerca cuando sucedió, así que no se lo pensó dos veces y se lanzó a su rescate, convirtiéndose así en toda una heroína dentro de la comunidad. Hasta la prensa se había hecho eco de la hazaña y todos la paraban por la calle para mostrarle su gratitud. Sin embargo, ella le quitaba mérito al asunto. «Hice lo que tenía que hacer porque el mar lo permitía», relataba. «Si las condiciones hubieran sido otras no hubiera podido hacerlo, o hubiera sido una temeridad».

A base de sustos había aprendido que ser precavida, estar siempre vigilante y no caer nunca en el exceso de confianza —aunque se tengan muchos años de experiencia— eran cualidades indispensables en su trabajo. Además, claro está, de una buena condición física y una gran agilidad. Por eso, siempre decía que no aguantaría en el oficio más allá de los 60 años, edad con la que ya contaban muchas de sus compañeras. «Con lo que desgasta esto, para entonces ya no estaré en forma como para seguir jugándomela encaramada a las rocas. Deberíamos poder jubilarnos antes», lamentaba.

Este era un tema que a ambas, como *percebeira* y mariscadora, nos preocupaba mucho. Se trataba de una demanda histórica que nos parecía justa y que en aquellos momentos volvía a estar sobre la mesa, en pleno debate por parte de las administraciones y las cofradías. No obstante, tanto nuestros colectivos como el de los recogedores de algas tendrían que esperar algunos años más, hasta principios de 2005<sup>2</sup>, para que se les reconociera por primera vez un coeficiente reductor —el mínimo, del 0,10— que les permitiría jubilarse con todos los derechos antes de la edad mínima establecida si contaban con el suficiente tiempo cotizado. Otros grupos profesionales, como el de las rederas, tuvieron todavía menos suerte.

Al final, ni mi amiga ni yo llegamos a beneficiarnos de esta reducción, ya que emprendimos otros caminos fuera del sector extractivo, pero nuestros respectivos gremios siguieron reclamando, como una cuestión de justicia social, que se mejorara dicho coeficiente y se aplicara a otras actividades de naturaleza igualmente penosa.

\*\*\*\*\*

---

<sup>2</sup> España. Real Decreto 2390/2004, de 30 de diciembre, sobre reducción de la edad mínima para causar pensión de jubilación en el Régimen Especial de la Seguridad Social de los Trabajadores del Mar. Boletín Oficial del Estado, 20 de enero de 2005, núm 17, pp. 2172 a 2174.

Mi madre era de las pocas mujeres que entonces ocupaba un puesto de responsabilidad en la cofradía de pescadores. Esto era algo que había conseguido no sin dificultades y gracias a su cargo de presidenta en la asociación de mariscadoras, el colectivo mayoritario dentro de aquella entidad. Yo asistía a las reuniones y la veía lidiar con todo tipo de conflictos mientras ella se enfrascaba en proponer soluciones y en hablar con todo el mundo para mediar cuando las cosas se ponían feas.

Esta labor le suponía tiempo, esfuerzo y algún que otro quebradero de cabeza, sobre todo cuando intentaba convencer a quienes llevaban toda su vida en el sector de que había que cambiar ciertos hábitos establecidos por la costumbre por otros más sostenibles y productivos. «Que siempre se haya hecho así no quiere decir que sea la mejor forma de hacerlo. Hay que saber adaptarse, más aún si es en beneficio de todos», acostumbraba a decir.

Este planteamiento lo trasladaba al ámbito de la igualdad. Tenía muy claro que las mujeres no solo debían estar en los bancos de marisqueo, donde habían estado siempre, sino también en las juntas generales y cabildos o, incluso, ser patronas mayores<sup>3</sup>. Por ello, defendía con ahínco que estas profesionales formaran parte activa de los procesos de toma de decisión, aunque tradicionalmente hubieran estado al margen de ellos. Sin embargo, había quien se oponía a que se adentraran en ese terreno. «Hija, que nunca te digan que las mujeres no valemos para esto. Eso sí que no», recalcaba. «Hemos luchado mucho para que nos dejen tomar partido y cada vez somos más las que estamos dispuestas a hacerlo para abrir el camino a las que vengáis detrás».

---

<sup>3</sup> La Orden de 31 de agosto de 1978 por la que se desarrolla el Decreto 670/1978, de 11 de marzo, sobre Cofradías de Pescadores establece que los órganos rectores de estas corporaciones son la junta general o asamblea, el cabildo o comisión permanente y el patrón mayor. Boletín Oficial del Estado, 28 de septiembre de 1978, núm 232, pp. 22585 a 22586.

El ejemplo de mi madre me hizo ver que merece la pena intentar cambiar las cosas, aunque resulte ingrato. Ella solía opinar que cuando asumes responsabilidades —como en su caso, en la asociación— debes procurar ser justa, escuchar a los demás y valorar sus posturas. Pero, al final, siempre me decía: «Has de ser fiel a ti misma y hacer lo que te dicte tu conciencia, pues está claro que no siempre puedes contentar a todo el mundo con tus decisiones».

Yo no tardaría en comprobarlo. Y ahora que rescato de la memoria todos estos recuerdos de mi etapa como mariscadora, caigo en la cuenta de que esa gran verdad ha marcado mi forma de ser y las elecciones que he ido haciendo a lo largo de mi vida.

\*\*\*\*\*

## CAPÍTULO 2. GOLPES CONTRA EL TECHO (DE CRISTAL)

**A**unque ya lo tenía decidido, antes de inscribirme en el ciclo quería conocer el parecer de mi familia. Pero no todos estaban por la labor de animarme. A mi abuela paterna, por ejemplo, la mera idea le horro-  
rizaba.

—¡Pero es que te has vuelto loca! Bastante tengo ya con tu padre como para tener que estar en vilo también por ti. Ni lo sueñes.

—No te entiendo —le replicaba.

Aunque, en el fondo, sí que la comprendía. Sabía que eran el amor y la preocupación, como madre y antes viuda de mariner, los que hablaban por ella.

—La mar es dura, muy dura. Y traicionera. Cuánto más a bordo de un barco pesquero. Tú mejor que nadie deberías saber lo que sufrimos los que nos quedamos en tierra —seguía ella, erre que erre—. Además, ¿qué van a decir de ti? Te tacharán de bicho raro o de marimacho. Eso en el mejor de los casos.

Intenté hacerle ver los pros: que si era una oportunidad muy buena, que si la escuela marítimo-pesquera no quedaba lejos, que si podría ir y venir todos los días a casa, que si seguiríamos paseando como siempre por las tardes junto al muelle. Que si esto, que si lo otro... Pero sabía de sobra que ese no era el quid de la discusión.

Tras la riña y el desahogo, acabó aceptándolo.

Con mis padres fue algo más sencillo. Ya intuían mi pasión y nunca quisieron que me pusiera límites en la vida, y menos por el hecho de ser mujer. Mi padre admiraba el talante fuerte, luchador y un tanto obstinado de mi madre y, en el fondo, sabía que yo era como ella: siempre acababa consiguiendo lo que me proponía. Pero en esta ocasión me advirtió, y mucho, sobre las posibles consecuencias de mi decisión.



—¿Patrona de barco? ¿Pero tú has pensado bien dónde te metes, hija? Y encima en la pesca de altura, ¡pero si ahí no hay mujeres!

—Pues alguna tendrá que ser la primera.

—Que no van a querer contratarte, hija. Los hombres del mar no están acostumbrados a que una mujer les mande. Pero si es lo que realmente quieres, tendrás que apretar los dientes. Créeme, sé bien lo que me digo.

Estaba claro que mi padre sabía de lo que hablaba: peligros, cansancio, soledad, todo eso y más. Pero también libertad, amaneceres, salitre y mar; el infinito azul del mar del que mi abuelo tantas veces me había hablado, con lágrimas de añoranza en los ojos, cuando ya estaba demasiado viejo y enfermo como para salir a faenar.

\*\*\*\*\*

Podría decirse que fui pionera, y de hecho lo era. Seguramente antes que yo hubo otras, aunque fueron pocas. Desde 1995 hasta 2002 habían salido de las facultades y escuelas superiores de náutica españolas 13 capitanas, 2 jefas de máquinas y 33 mujeres oficiales de máquinas<sup>4</sup>. En total 48 mujeres, frente a más de 1000 hombres con las mismas titulaciones.

Pero yo no aspiraba a la Mercante, lo mío era la pesca; un mundo que, según decían, era todavía menos accesible para la mujer. Y quizá tuvieran razón, porque yo era la única chica en clase y además quería convertirme en patrona de altura. El género era un hecho diferencial, pues se me exigía mucho más que al resto de mis compañeros y tenía que esforzarme al máximo para demostrar que tenía dotes y capacidades para llegar igual de lejos que ellos.

El curso me encantaba, aprendía muchísimo y mis compañeros, al poco tiempo, ya habían normalizado mi presencia en el aula. Guardo grandes amistades de aquella época, incluso allí conocí al que hoy es mi pareja. Eso sí, también hubo algunos que no confiaban del todo en que llegara a ser patrona y me advertían sobre las dificultades que tendría para encontrar barcos en los que realizar las horas de mar que necesitaba para conseguir el título. «Lo llevas crudo. ¿Nunca has oído eso de que las mujeres a bordo traen mala suerte?», solían decirme para provocarme. «Eso no son más que dichos y leyendas que ya están superadas», pensaba yo. Pero me equivocaba.

Había terminado mis estudios de técnico superior con nota y confiaba en mí misma. Dominaba cada manobra y en los dos últimos años me había preparado física y mentalmente para embarcar. Incluso tenía un buen nivel de idiomas. Entonces, ¿qué podía fallar?

---

<sup>4</sup> Pérez-Barco, M.J. (15 octubre, 2007). Barreras invisibles impiden el acceso de las mujeres a ciertas profesiones. *ABC*. Recuperado de [https://www.abc.es/sociedad/abci-barreras-invisibles-impiden-acceso-mujeres-ciertas-profesiones-200710150300-1641146252422\\_noticia.html](https://www.abc.es/sociedad/abci-barreras-invisibles-impiden-acceso-mujeres-ciertas-profesiones-200710150300-1641146252422_noticia.html)

Además, no me asustaba el hecho de tener que convivir rodeada de hombres. La experiencia de compartir habitación con mi hermano hasta la adolescencia me había curtido y cargado de paciencia. Pero eran ellos los que estaban preocupados, y no solo ellos. Al menos eso me dio a entender un armador cuando me denegó las prácticas. «Si es que yo no quiero líos con la tripulación ni con sus mujeres. Bastantes problemas tengo yo ya en mi matrimonio como para crear conflictos en el de otros», se excusaba.

No me resignaba, así que seguí llamando a otras puertas. Recuerdo que incluso tuve que oír cosas como «Si te cortas el pelo y te vistes más... más como un hombre, facilitarías las cosas».

No daba crédito. Era indignante, pero los estereotipos iban más allá de las apariencias. «¿Y cuando tengas que hacer tus necesidades? La embarcación no tiene baños para mujeres y sería infinitamente caro adaptarla», me decía uno. «¿Estás segura de que serás capaz de seguir el ritmo de trabajo? No pareces muy fuerte», dudaba otro.

Los meses pasaban y, viendo mi desesperación, mi padre se ofreció a hablar con el armador de su barco, al que conocía desde siempre, para allanar el terreno.

—Si tú respondes por ella podríamos verlo...

—Por supuesto, yo respondo. Además, mi hija es muy trabajadora.

—Bueno, hablaré con el patrón. Pero solo esta campaña y como favor porque eres tú.

—No sabes cuánto te lo agradezco. Ya verás que no vas a tener que preocuparte por nada. Te lo garantizo.

Y así, por fin, pude embarcarme.

\*\*\*\*\*

La tripulación era cordial conmigo, aunque al principio algunos marineros, sobre todo los de mayor edad, mostraban hacia mí una actitud entre desconfiada y pa-



ternalista: «Ten cuidado muchacha que la mar está brava» era algo que escuchaba con bastante frecuencia.

A base de esforzarme y demostrar que era lo suficientemente hábil en todas las tareas, incluidas las más duras, comprendieron que podía trabajar al mismo nivel que ellos y me gané su respeto. Claro que eso me llevó algún tiempo. Pero mi padre, con sus consejos, también me ayudó a no decaer y a no dudar de mis capacidades.

Partíamos por la tarde, pescábamos de noche y regresábamos a puerto de madrugada o, la mayoría de las veces, bien entrada la mañana. El frío era lo peor, cuando no lo era la lluvia. Bueno, eso y el cansancio. Ponía mi cuerpo tan al límite que cuando llegaba a casa estaba tan agotada que apenas podía pegar ojo. Pero sarna con gusto... Y la oportunidad de trabajar en la mar, codo a codo con los pescadores, lo compensaba con creces.

Mientras había faena se hablaba poco. Terminado el trabajo, y una vez llegaron a sentirse a gusto conmigo, los marineros me hacían partícipe de sus vivencias pasadas: la vez aquella en que uno fue arrastrado al agua al largar el arte y casi se ahoga, la ocasión en la que otro tuvo que ser rescatado al hundirse la anterior embarcación en la que faenaba... Las enfermedades, la precariedad, los dramas y penurias familiares.

Me sorprendía la naturalidad con la que hablaban de esos episodios, incluso de aquellos que no habían tenido un final feliz. Esto me hizo ver la profesión desde un punto de vista menos amable y romántico, y comprender el carácter recio de las gentes del mar, donde los sentimientos normalmente se llevan por dentro.

—La mar es así, niña. Te da mucho, pero también te quita —decía uno de mis compañeros.

—Por eso hay que llevarlo en la sangre, como tu abuelo y tu padre —añadía el de mayor edad.

—Y como yo —les puntualizaba.

Echando la vista atrás, ellos mismos reconocían que las medidas de seguridad habían mejorado mucho en los últimos años. Ahora las tripulaciones estaban más concienciadas sobre cómo prevenir los riesgos y mejor formadas para actuar en caso de emergencia. Además, las ayudas para inversiones a bordo habían contribuido a reducir la siniestralidad —aunque esta siguiera siendo una de las profesiones más peligrosas— y también habían permitido mejorar las condiciones de higiene y habitabilidad de los barcos y la protección de la salud de los trabajadores.

—Ahora si estás en alta mar y pasa algo puedes comunicarte con un médico y, si la cosa se pone muy fea, pedir que venga un avión —proseguía el primero.

—Es verdad. Cuando yo empecé en esto, si te ocurría algo y te pillaba lejos de tierra ibas listo —asentía el otro.

Apenas se pintaba la ocasión, estos viejos lobos de mar también aprovechaban para explicarme cuánto había evolucionado el propio oficio con el paso de los años.

—Antes había que echar mano de mucha gente y se tardaba muchísimo. Ahora con el halador<sup>5</sup> mecanizado...

—Por no hablar de la ecosonda<sup>6</sup>. Aunque, por mucho invento y mucha tecnología, lo que más cuenta es la intuición. Nunca lo olvides, niña.

Y así, en los ratos muertos, se conversaba sobre lo divino y lo humano. Pero también sobre conceptos que a día de hoy empiezan a estar asentados, como la eficiencia o la sostenibilidad. De regreso, sobre todo si había sido una mala jornada, el patrón y los pescadores hablaban —unas veces acaloradamente y otras con cierta resignación— de las problemáticas que históricamente han estado presentes en este sector: pesca ilegal, disminución de las capturas, aumento de los costes, inestabilidad de los precios, incertidumbre laboral, reducción de la flota...

\*\*\*\*\*

Una vez en puerto, ayudaba a los compañeros a limpiar el barco. Otras veces iba a la lonja y me quedaba fascinada con el trajín de personas que transitaban por el recinto realizando todo tipo de trabajos. Nunca había reparado en que había tantas mujeres: las que descargaban las pesadas cajas de pescado, las que lo colocaban y lo preparaban para la venta, las que seleccionaban el género que entraba en función de los pedidos de sus clientes, o las que pujaban en la subasta.

A menudo charlaba con ellas y —entre en serio y en broma— me contaban que, una vez arribaban los barcos, eran las dueñas del puerto, pues sin su trabajo nada podía

---

<sup>5</sup> Definición de la Real Academia de Ingeniería (RAI) de «halador» según el *Diccionario español de ingeniería*: Máquina empleada para subir los aparejos de pesca a bordo de la embarcación.

<sup>6</sup> Definición de la Real Academia Española (RAE) de «ecosonda» según el *Diccionario de la lengua española*: Aparato para medir la profundidad a que está sumergido un objeto utilizando la reflexión de un haz de ultrasonidos.

funcionar. «Tendríamos que unirnos para que se nos vea y se conozca lo que hacemos», decían varias de ellas mientras trasladaban las capturas en grandes carros.

Y vaya si lo hicieron. Ese mismo año 2007, en la villa vizcaína de Ondarroa, se dieron cita trabajadoras de los puertos pesqueros del País Vasco, Cantabria, Asturias y Galicia. Bajo el lema «Queremos ser visibles», las *neskatillas*<sup>7</sup>, empacadoras, rederas... reclamaron su consideración profesional y solicitaron mejoras en sus condiciones laborales: infraestructuras, coeficientes reductores de la edad de jubilación, enfermedades profesionales y otras cuestiones. Las mujeres del sector pesquero empezaban a movilizarse y a tomar conciencia del poder que tenían si se juntaban.

Entre todo ese universo femenino, yo tenía una especial complicidad con el grupo de mujeres que trabajaban en el muelle reparando las redes de pesca. Las veía allí sentadas en el suelo —hiciera viento, frío, lluvia o calor— sin horarios ni calendario laboral establecido. A juzgar por sus rostros, la mayoría hacía tiempo que habían superado los cincuenta años. Llevaban toda la vida dedicándose a este artesanal oficio que, según me contaban, habían aprendido de sus madres o de sus abuelas.

Yo me quedaba hipnotizada observando los diestros movimientos de sus dedos, acompañados de una animada charla y de las confidencias propias de quienes se conocen de toda la vida. En el puerto no pasaban desapercibidas, aunque su trabajo —se quejaban— estaba poco reconocido y todavía peor remunerado.

—Lo que hacemos es mucho más que una ayuda para la casa, es una profesión. Sin nosotras, los barcos no podrían salir a pescar —sentenciaba una.

---

<sup>7</sup> En el País Vasco se denomina «neskatilla» a la mujer encargada de recibir a los barcos con las cajas preparadas cuando estos llegan a puerto para realizar la descarga, llevarse la mercancía y proceder a su venta.



—Lo que pasa es que esto es una cadena y nosotras estamos al final. ¡Si ni siquiera tenemos coeficientes reductores! —apuntaba otra con indignación.

—Dependemos de los barcos, que nos pagan cuando pueden, tarde y mal. Pero si no hay pesca... Lo que sí que hay es mucha gente trabajando en sus casas sin declarar, así que ya me dirás —zanjaba la primera.

En aquellos momentos, pocas de ellas se mostraban optimistas sobre el futuro de un oficio que sentían discriminado. Pero con los años acabarían logrando que les reconocieran sus competencias como auténticas profesionales, a través de certificados de profesionalidad. A partir de entonces fueron organizándose cursos en distintas comunidades autónomas para acceder a este título, de modo que las personas que quisieran ejercer la actividad pudieran aprenderla o acreditar su experiencia.



Algún tiempo después, las rederas de diferentes territorios costeros sumaron otro gran logro con su participación en un grupo de trabajo, coordinado por la Secretaría General de Pesca y dependiente de AENOR, que desarrolló una norma de calidad para certificar su labor. De esta manera, consiguieron mejorar algunas de sus condiciones laborales y poner freno al intrusismo.

Todo esto me lo contó emocionada la más joven de aquellas rederas con las que charlaba en el puerto, con la que coincidí, años más tarde, en un encuentro de mujeres de la pesca. Pero esto ya es otra historia.

\*\*\*\*\*

La campaña llegó a su fin y pasó lo que me temía, aunque en el fondo reconozco que tenía la esperanza de

que el armador cambiara de opinión y quisiera seguir contando conmigo más allá de las prácticas. Pero las cuentas tampoco es que ayudaran mucho en este sentido.

—Si es que no puede ser. Somos los justos para repartir y seguir comiendo —se disculpaba.

—Pero ya has visto que trabaja bien —le argumentaba mi padre.

—Sí, pero... Con el paro que hay en el pueblo, a ver con qué cara les iba a explicar yo a estos hombres, que tienen que llevar un jornal a casa, que he decidido contratar a tu hija, una chica joven y sin cargas. De verdad que lo siento.

Y ahí acabó aquella experiencia a bordo, así que vuelta otra vez a la búsqueda de empleo. Pensaba que al tener algo de experiencia esta vez sería más fácil. Pero no, seguía siendo mujer y eso complicaba mucho las cosas. Estaba cansada de que siempre se cuestionara mi valía, antes incluso de darme una oportunidad.

«Si tuviera una embarcación, por pequeña que fuera, podría echarme a la mar con mi padre, los dos, mano a mano. Y luego se vendría también el nene. Yo iría a los mandos y ellos serían mi tripulación».

Soñar era gratis, los aparejos, desgraciadamente, no. Así que, poco a poco, fui apartando de mi cabeza la idea de trabajar en un pesquero. Quizá en un crucero podría probar suerte...

\*\*\*\*\*

La suerte llegó más pronto de lo que cabría esperar. Mientras yo seguía formándome y acumulando certificados y credenciales, lanzaba currículos. Si bien tenía claro que la pesca era lo mío, trabajar en un barco de pasaje que hacía rutas por el Mediterráneo tampoco me parecía una mala opción. Merecía la pena económicamente y me permitiría seguir en contacto con el mar y ganar tiempo de embarque. Por ello, decidí aceptar ese trabajo.

Ponía rumbo al Levante, dirigiéndome hacia un encuentro que para mí iba a resultar revelador, aunque yo todavía no lo sabía.

Me acostumbé rápido a mis nuevas tareas y, a medida que pasaba el tiempo, iba asumiendo nuevas responsabilidades. A veces podía relacionarme con pasajeros de otras nacionalidades y practicar idiomas. Podría decirse que no me iba nada mal, pero por extraño que parezca añoraba mi vocación.

Un día, cuando me encontraba en el puerto, de regreso de una de las travesías, un matrimonio de italianos que había conocido a bordo me recomendó una excursión cercana que ellos habían realizado no hacía mucho y que les había dejado un grato recuerdo: «Ti consiglio di visitare il Parco Naturale dell'Albufera in una barca tradizionale. È un'esperienza memorabile».

Decidí seguir su consejo y, en uno de mis escasos días libres, contraté una ruta guiada por ese paraje en un *albuferenc*, una embarcación típicamente utilizada en la zona. La barquera era una mujer, y hacía gala de una gran fuerza y destreza impulsándose con la *percha*<sup>8</sup>. Sus palabras traslucían un inmenso respeto por el patrimonio natural y cultural de La Albufera.

No pude evitar identificarme con ella cuando empezó a hablarme de su pasión por la pesca, de la que habían vivido innumerables generaciones en esa región; y de la lucha que habían emprendido desde finales del siglo XX varias mujeres de la pedanía valenciana de El Palmar para reivindicar el derecho a practicar esta actividad en pie de igualdad con los hombres.

A comienzos de 2008, aquellas mujeres acababan de reescribir la historia pesquera del lago, recuperando su legítimo derecho a pescar. Pero no lo habían tenido fácil.

---

<sup>8</sup> Definición de la Acadèmia Valenciana de la Llengua de «perxa» (cast. «percha») según el *Vocabulari nàutic* (2018): Pértiga o bastón largo usado para impulsar y dirigir una embarcación menuda en aguas poco profundas.



Se habían enfrentado a una tradición con varios siglos de antigüedad, según la cual el privilegio de exclusividad de pesca concedido por el rey Jaume I a la comunidad de pescadores se aplicaba en favor de los hijos varones e impedía a las mujeres que pudieran heredar y transmitir tal derecho.

Intrigada, quise conocer más en profundidad la gesta de estas *dones* pescadoras de El Palmar. Eso me llevó a reunirme con algunas de ellas en la Asociación local de Amas de Casa y Consumidores Tyrius. Allí me explicaron que habían solicitado a la comunidad de pescadores poder participar en el sorteo del *redolí*, que otorgaba un puesto fijo de pesca en el lago; así como ingresar en esa entidad, que se regía por normas consuetudinarias, siguiendo una costumbre centenaria que les vetaba el acceso por el hecho de ser mujeres.

Agotadas otras vías de entendimiento y negociación, iniciaron un proceso legal que —tras años de litigio no exento de conflictos vecinales— había culminado con varias sentencias judiciales a su favor. «Y ahora las mujeres ya podemos pescar y ser miembros de pleno derecho de la comunidad», explicaban satisfechas. «Ya solo queda que podamos cerrar las grietas, recuperar la paz social y normalizar una situación que ha supuesto un gran desgaste emocional para nosotras».

Con los años acabaron consiguiéndolo.

Envidiaba el coraje y valentía de estas mujeres. Su testimonio me había removido por dentro, como el que espera una señal del destino para virar el rumbo y la acaba encontrando. Su experiencia me demostraba que las cosas podían cambiar, que era posible vencer las barreras —a menudo invisibles— de la desigualdad. Y yo me disponía a seguir su ejemplo y a pelear por lo que consideraba justo. Aun así, todavía pasaron algunos meses hasta que decidí regresar a casa y probar de nuevo.

Me asustaba volver a empezar, enfrentarme otra vez a los estereotipos de género. ¿Pero quién dijo que fuera a ser fácil?

\*\*\*\*\*

A mi regreso, y más motivada que nunca, seguí intentando embarcarme en un pesquero. Mi objetivo era hacerlo como oficial de puente, pues todavía me quedaban días de mar que completar para poder ejercer como patrona de altura. Para las mujeres esto parecía poco menos que imposible. Y cuando me negaba a aceptarlo acudían a mi cabeza las palabras de rechazo que había escuchado una y otra vez. Con diferentes argumentos, con más o menos delicadeza, pero siempre con igual resultado: nadie quería llevarme a bordo. «Y yo no soy la única que me encuentro en esta situación; entonces, ¿qué se está haciendo para solucionarlo?», me preguntaba.

Indagando, encontré información sobre varios proyectos que se habían desarrollado recientemente para facilitar el acceso de las mujeres al empleo en la pesca extractiva. Varios de ellos se habían realizado en el marco de la iniciativa comunitaria *EQUAL II* del Fondo Social Europeo y, entre otras cosas, buscaban fomentar la integración femenina a través de una mayor sensibilización o mediante el análisis de las necesidades de adaptación física de los barcos para acoger a tripulaciones mixtas.

Por su parte, algunas organizaciones sectoriales ensayaban ya protocolos de formación para impulsar prácticas a bordo de pesqueros que tuvieran en cuenta la perspectiva de género. Y desde la Administración también se convocaban ayudas para modernizar los buques que incluían el enrolamiento femenino como criterio de selección. Además, leí que incluso se habían empezado a proyectar barcos en los que los armadores contemplaban reservar una zona de camarote y servicio diferenciada para facilitar el embarque de mujeres.

«Quizá hay esperanza», me repetía a mí misma.

Aunque no se trataba de una transformación drástica, sí que era lo suficientemente importante como para ser síntoma de un cierto cambio de mentalidad en el sector que, poco a poco, daría paso a una mayor conciencia social respecto a la igualdad entre mujeres y hombres.

Me aferraba a ese pensamiento para convencerme de que tenía que aprovechar el viento a favor y encontrar la oportunidad de abrirme camino.

Y, en ese camino, el destino quiso que me cruzara con una de las mujeres que —sin contar a mi madre— más han influido en mí y en lo que soy en la actualidad. Bajo su apariencia tranquila, de voz y gesto sereno, se escondía un temperamento firme y decidido, propio de quien ha aprendido a capear el temporal nadando a contracorriente. Era del sur, y provenía de una familia acomodada, pero había renunciado a su tierra y a la posibilidad de disfrutar de una vida sin muchas complicaciones por amor.

Bueno, por eso y —según me confesó en una ocasión— también por rebeldía, por su afán juvenil de emprender caminos diferentes a los establecidos para ella. Y desde luego que lo había conseguido, unas veces con fortuna y otras tantas no.

A sus más de sesenta años rebosaba vida, a pesar de que esta le había dado duros golpes. No solía hablar de aquel fatídico episodio y todavía seguía refiriéndose a su marido en presente, como cuando antaño discutían de los asuntos financieros de la empresa que juntos habían conseguido levantar de la nada. Primero con una pequeña embarcación, luego con otro barco, y después con un tercero de mayor porte que reemplazó a los dos anteriores y de cuyo buen gobierno ella era la encargada. «Las mujeres tenemos buena cabeza, así que yo me hacía cargo de las cuentas, mientras él se echaba a la mar. Pero la mar caprichosa lo quiso así, justo cuando mejor nos iban las cosas y dábamos de comer a varias familias», recordaba con la mirada vidriosa.

Así que ella sola, y todavía de luto, se hizo con el timón de un barco que consiguió llevar a buen puerto, pese a las pocas expectativas que en su gestión depositaban algunos en su entorno, que le recomendaban venderlo y olvidarse de todo. Pero no se rindió.

Probablemente por ello no era de esas personas que se dejan llevar fácilmente por los prejuicios. «Si así lo hubiera hecho hoy no estaría donde estoy, siendo armadora de este gran barco, una de las joyas de la flota pesquera del puerto», me decía no sin cierto orgullo. Y quizá también por eso —no lo sé— decidió que podía enrolarme a bordo, tras valorar mi formación, experiencia y entusiasmo. Y eso es algo por lo que siempre le estaré agradecida.

Cumpliría por fin mi objetivo, aunque no navegara por alta mar ni llegara al Gran Sol como me gustaba imaginar cuando era más joven.

Estaba ilusionada a pesar de que el recibimiento en el puerto fue más frío de lo que yo esperaba.



Notaba el rechazo en sus caras, pero no estaba dispuesta a dejar que eso me desanimara. Cuando embarqué por primera vez también fue difícil al principio, pero con el tiempo me acabaron aceptando como un miembro más de la tripulación. Sin embargo, ahora, algo había cambiado: les incomodaba mi presencia, sí, pero aún más que les diera instrucciones.

«¡Qué razón tenía mi padre!», pensaba yo mientras intentaba no darle vueltas y concentrarme en mi trabajo, a las órdenes del patrón: rápida, diligente, procesándolo todo y sin distraerme con comentarios maliciosos del tipo «Ya mandan en casa y ahora vienen a mandar a los barcos», «Lo que faltaba por ver», «Se cree que sabe mucho porque ha estudiado», «Esta no dura aquí ni dos días» o «Este no es lugar para mujeres».

Pero se equivocaban. Continué en aquel barco, pues contaba con la confianza de la armadora y con la del patrón, que era consciente de que hacía un buen trabajo, aunque nunca me lo reconociera abiertamente.

En aquel buque con nombre de mujer —señero por su envergadura— pasé varios años de mi vida y, durante ese tiempo, conocí realmente lo que era la pesca. Aprendí a ejercer funciones de responsabilidad en puente y cubierta, a hacer respetar mi autoridad con diplomacia y a sacar carácter cuando era necesario. Conseguí desarrollarme profesionalmente y que reconocieran formalmente mi titulación para ejercer con mando. Pero, sobre todo, aprendí que en este mundo las mujeres tenemos que demostrar mucho más y, cada día, darnos de cabezazos contra un techo que solo existe para nosotras.

Al final, he llegado a la conclusión de que ese techo es de cristal y, por tanto, es posible romperlo. Eso sí, siempre que nos den la oportunidad de poder hacerlo.

\*\*\*\*\*

### CAPÍTULO 3. MIRANDO AL FUTURO

**T**ras años embarcando, la idea de ser madre empezó a formar parte de mis planes. Durante un tiempo pensé que podría compaginar la maternidad con mi trabajo en la pesca. Sin embargo, pronto empecé a darme cuenta de que esta conciliación iba a resultar muy complicada, pues la jornada empezaba de madrugada y terminaba avanzada la tarde. Además, al ser mi pareja un marino mercante que pasaba varios meses en alta mar, la única ayuda con la que podía contar era la de mi madre, cuyos horarios también estaban supeditados a las mareas.

Fue una elección muy dura, quizá la más difícil de mi vida, pero me agobiaba perderme cosas a las que no quería renunciar. Por eso, tras el nacimiento de mi hija decidí dejar la mar y buscar un trabajo en tierra, algo provisional relacionado con el sector que me permitiera cuidar de ella mientras fuera pequeña. Después podría volver a enrolarme, aunque intuía que ya no sería sencillo.

Estaba en busca de esa alternativa laboral cuando, a través de la oficina de empleo, me enteré de que solicitaban gente para trabajar en una conservera local. No contaba con experiencia específica en ese ámbito, aunque tenía el carné de manipuladora de alimentos y estaba acostumbrada a la limpieza y tratamiento de las capturas. No perdía nada por intentarlo, así que no me lo pensé dos veces y me planté allí.

Era una empresa familiar, una de las más antiguas de la zona. Su actual directora general era bisnieta del fundador, y llevaba a sus espaldas el legado de una tradición que se había ido expandiendo generación tras generación.

La factoría seguía manteniendo el espíritu de elaboración artesanal por el que se regía desde comienzos del siglo XX, aunque a lo largo de las décadas habían intro-

ducido importantes avances técnicos y tecnológicos para optimizar la producción. A su vez, esto había contribuido a mejorar las condiciones laborales de sus operarios, mayoritariamente mujeres. Recientemente habían iniciado una estrategia de exportación hacia nuevos mercados emergentes, lo que les había permitido crecer pese a la coyuntura económica del momento.

De inicio, me ofrecían un contrato de carácter eventual por circunstancias de la producción para la campaña, pero con posibilidad de convertirme en fija si cumplía los objetivos. Trabajaría en jornada continua de ocho horas con opción de hacerlo en turno fijo de mañana. Era justo lo que necesitaba en ese momento de mi vida.

Durante mis primeros días como auxiliar fui realizando un recorrido por los diferentes procesos que se desarrollaban en la línea de fabricación. Había cierto grado de especialización por tareas, pero todo el personal de planta debía conocer en qué consistía cada una de ellas, desde la recepción del pescado y marisco procedente de las lonjas, hasta la esterilización, lavado y estuchado final de las latas, pasando obviamente por las fases de eviscerado y limpieza, salmuerado, cocción, enlatado y aceitado.

Para aprender todo esto contaba con unas maestras excepcionales: mujeres con años y años de oficio que, con paciencia, me transmitieron su saber hacer y los secretos de esa gran cadena de producción que funcionaba de manera coordinada, en la que cada trabajo era fundamental para el buen desarrollo del conjunto, como si de una orquesta se tratara.

Y yo no quería desentonar, así que atendía a las explicaciones, tratando de hacerlo cada día mejor y más rápido, pues el rendimiento y la productividad eran muy importantes. «Pero lo fundamental es respetar la materia prima. Hay que mimarla y sacarle el máximo partido. Así que hay que ir sin prisa, pero sin pausa», me repetían.

Se trabajaba mucho, pero en condiciones que poco o nada tenían que ver con las de antaño.



—Mi abuela, que se dedicó a esto desde niña, no estaba ni dada de alta y le pagaban mucho menos que a los hombres de su fábrica —señalaba una de las compañeras—. Y siempre con la incertidumbre de que no llegara pesca y no la llamaran.

—La mía, que en paz descanse, contaba que en aquellos tiempos no había neveras y tenían que procesar todas las capturas del día —apuntaba otra—, así que fíjate el ritmo que llevaban.

—Pero ella nunca se quejó —matizaba la primera—. No había quien las defendiera y si eras conflictiva ya sabías lo que tocaba.

—Pues mi abuela sí protestó y participó en la huelga que organizaron las trabajadoras de la conserva allá por los años treinta —añadía la segunda—. Fíjate tú que el jornal entonces era de unas tres pesetas por ocho horas

de trabajo, pero, ya sabes, raro era el día que no echaban diez, once o doce.

Las dos empleadas que relataban estas vivencias de las mujeres de su familia acumulaban décadas de experiencia en la planta y, como tercera generación en este oficio, habían podido comprobar —en sus propias carnes y en las de sus predecesoras— los cambios que se habían producido en la regulación y racionalización del trabajo.

De hecho, ese mismo año 2012 se aprobó el Convenio colectivo para el sector de la conserva<sup>9</sup>, que introdujo ciertas mejoras. El proceso había sido lento, pero poco a poco mis compañeras y el resto de trabajadoras de la industria veían su trabajo reconocido y dignificado.

—Ahora se nos considera porque somos nosotras, con nuestras manos, las que damos fama mundial a estas conservas —decía una de ellas.

—Mi abuela y mi madre no tuvieron esa suerte —replicaba la otra—, pero yo me siento una privilegiada, pues cotizo, tengo un puesto fijo y llevo un sueldo a casa con el que puedo dar de comer a mi familia.

\*\*\*\*\*

Algún tiempo después de mi llegada, se incorporó a la fábrica una nueva operaria con la que acabaría forjando una gran amistad y un fuerte vínculo profesional. A poco que hablaras con ella, te dabas cuenta de que era una mujer con un fuerte carácter emprendedor. Había estudiado empresariales en la capital, donde sus padres la habían enviado para que se formara de cara a asumir las riendas del negocio familiar en un futuro no muy lejano.

---

<sup>9</sup> España. Resolución de 20 de septiembre de 2012, de la Dirección General de Empleo, por la que se registra y publica el Convenio colectivo para el sector de conservas, semiconservas, ahumados, cocidos, secados, elaborados, salazones, aceite y harina de pescados y mariscos. Boletín Oficial del Estado, 10 de octubre de 2012, núm 244, pp. 72525 a 72636.



«Un negocio que, a falta de un hermano varón, estaba claro que yo iba a heredar», decía ella, ilustrando la mentalidad de la época. Y la cosa le había ido muy bien durante algunos años.

Desde su comienzo, en los años 40 del pasado siglo, el cultivo de mejillón se había considerado un sector muy rentable y estratégico para el desarrollo económico de la región. Así que a finales de los 70 su familia había decidido hacer de la acuicultura su medio de vida, con la adquisición de una batea y una pequeña embarcación. «Formaron una sociedad en régimen de gananciales, donde mi padre hacía el considerado trabajo de fuerza y pilotaba el barco auxiliar, mientras mi madre dirigía el negocio a la par que trabajaba en la explotación», me explicaba evocando aquellos tiempos.

Cuando ella asumió el relevo de aquella próspera empresa familiar, no podía imaginarse que una década después las largas temporadas de toxina, provocadas por las mareas rojas, harían tambalear las cuentas; lo que, sumado al incremento de los costes, la obligaría a poner en venta una instalación que ya no daba beneficios. «O eso, o me arruinaba», afirmaba. «Es lo que tienen los negocios, que pueden salir bien o irse al traste. Y puedes rendirte y hundirte, o bien levantarte y volver a empezar».

Estaba claro que ella era de las que se levantaban. Por eso, había decidido entrar a trabajar en la fábrica que, en otro tiempo, se servía del producto que crecía en su propia batea. Se había acostumbrado muy rápido a la dinámica de trabajo, aunque no abandonaba su sueño de volver a emprender.

\*\*\*\*\*

Nos sentíamos muy identificadas la una con la otra, y durante aquel año solíamos compartir nuestras experiencias profesionales y expectativas de cara al futuro. Ella era bastante optimista y, en los descansos, me contaba sus ideas de negocio, de las que intentaba hacerme partícipe.

—Le he estado dando vueltas y creo que la conserva es un sector con muchas posibilidades.

—¿Por qué estás tan segura? —le preguntaba.

—Porque están surgiendo nuevos nichos de mercado. Los consumidores están cambiando y hay que adaptarse a sus gustos y necesidades. Además, aún no se le está sacando demasiado partido al comercio electrónico.

—La verdad es que yo no entiendo mucho de eso.

—La clave está en saber diferenciarse —proseguía ella, entusiasmada, haciendo oídos sordos a mi comentario—. Siempre hay que ofrecer un valor añadido que te haga único.

Aquello sonaba bien y me parecía que no andaba desencaminada. Así que tenía curiosidad por saber en qué tipo de proyecto estaba pensando.

—Creo que deberíamos montar un obrador de conservas artesanales exclusivas —se planteaba—. Los productos *gourmet* están en auge y lo estarán aún más cuando se reactive el consumo. El momento de emprender es ahora. ¿Qué me dices?

No sabía qué responderle en ese momento. Poner en marcha una empresa así implicaba conocimientos, tiempo y recursos. Y nosotras solo contábamos con uno de los componentes de dicha ecuación, aunque estaba claro que también necesitaríamos asesoramiento. Pero lo cierto es que veía potencial en esa propuesta a la que todavía teníamos que dar forma; algo que hicimos en los sucesivos meses, sacando ratos de donde podíamos.

En la primavera de 2013 fuimos juntas a un congreso en Santiago de Compostela, organizado por la Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero. Yo nunca había participado en un evento de esas características —el tercero que celebraba esta red a nivel nacional, según comentaron, tras otras dos ediciones en San Sebastián y Málaga—. Me alegró ver la gran cantidad de trabajadoras del mar, de todos los colectivos profesionales, que se habían congregado allí para abordar su papel en la actividad pesquera y acuícola, bajo el lema «Mirando al futuro: emprendimiento y liderazgo femenino».

Durante las dos jornadas que duró el encuentro se habló mucho de la visión empresarial de las mujeres del sector a la hora de aprovechar las nuevas oportunidades que estaban surgiendo en ámbitos como el turismo marítimo, el medio ambiente o la transformación y comercialización de productos pesqueros; un terreno, este último, que a nosotras nos interesaba especialmente en ese momento.

La capacidad emprendedora de las mujeres era un hecho. En los últimos años, se estaban convirtiendo en

verdaderos motores de crecimiento económico y generación de empleo a través de la innovación, tal y como demostraban los proyectos de éxito que fueron expuestos en el marco de aquel congreso. Tuvimos la ocasión de hablar con sus promotoras y compartimos con ellas algunas de nuestras inquietudes relacionadas con el desarrollo de un plan de negocio viable o el acceso a las fuentes de financiación.

Gracias a ellas nos enteramos de que existían líneas de ayudas del Fondo Europeo de Pesca (FEP) para la puesta en marcha de iniciativas como la nuestra; las cuales, además, tenían en cuenta el componente de género. «Quizá deberíamos hablar con los técnicos del grupo de acción local de pesca para que nos digan los requisitos que hay que cumplir y la documentación que tenemos que presentar», me planteaba yo al escucharlas. Y así se lo propuse a mi compañera.

El ejemplo de aquellas audaces emprendedoras nos había alentado y, a esas alturas, ya estábamos más que convencidas de que podríamos montar el obrador si conseguimos el capital necesario, pues con nuestros ahorros solo nos alcanzaba para cubrir los gastos iniciales: alquiler del local, materia prima, material básico para poder arrancar...

Con esta idea en mente, aún quedaba mucho trabajo por delante. Debíamos perfilar el estudio de mercado, realizar un análisis más pormenorizado de costes, definir la imagen de la empresa y su funcionamiento, así como diseñar la estrategia comercial, entre otros muchos aspectos. En definitiva, debíamos organizarnos y prepararnos para asumir ciertos riesgos y muchos sacrificios, y no solo económicos, también íbamos a tener que invertir gran parte de nuestro tiempo.

Reconozco que todo aquello me daba mucho vértigo, aunque las nociones empresariales de mi socia facilitaban las cosas. Confiaba en ella y en su determinación, y también confiaba en mi instinto.



Continuamos trabajando todo ese año en la fábrica de conservas, pero a comienzos de 2014 decidimos dar el salto definitivo al mundo empresarial con la creación de una sociedad limitada y la solicitud, por mediación del grupo de pesca, de una subvención del FEP —las denominadas ayudas para el desarrollo sostenible de las zonas de pesca—. ¡Por fin éramos empresarias!

Comenzamos la elaboración de conservas artesanales con una producción modesta, bajo demanda. La promoción a través de la página web y de las redes sociales empezaba a dar sus frutos y, poco a poco, conseguíamos nuestros primeros clientes.

Más tarde, establecimos acuerdos comerciales con algunas tiendas locales especializadas en productos delicatessen y acudimos a un par de ferias gastronómicas, ofreciendo degustaciones *in situ* para darnos a conocer.

Con todo ello, el negocio empezaba a despegar y para Navidades ya contábamos con un buen número de pedidos, tantos que hasta contratamos a una tercera empleada para sacarlos adelante.

La clave de nuestro negocio era apostar por los pescados y mariscos de la zona, traídos de las lonjas cercanas, procesados y envasados mediante técnicas tradicionales, de forma totalmente artesanal, y respetando las temporadas y ciclos biológicos de cada especie. Además, preparábamos paquetes especiales para regalo y ediciones limitadas personalizadas para empresas. Estos productos tenían una gran aceptación no solo por su sabor, sino también por su carácter diferencial y exclusivo. Mi socia acertaba cuando hablaba de ofrecer algo «que te haga único».

Con la ayuda que recibimos del FEP diversificamos el negocio con nuevas líneas de producto y ampliamos nuestras instalaciones. La empresa crecía a buen ritmo y las invitaciones para asistir a eventos relacionados con la alimentación se iban sumando mientras nosotras aprovechábamos cada oportunidad para promocionarnos y establecer nuevos contactos.

En estas ferias solíamos coincidir con otros emprendedores y emprendedoras del sector y con grandes grupos de comercialización de productos del mar, muchos de los cuales estaban encabezados por mujeres o contaban con una importante presencia femenina en sus órganos de dirección. Precisamente la gerente de una de estas empresas líderes en distribución decidiría, años después, apostar por nuestras conservas e introducir las en el circuito de la restauración como parte de su oferta *gourmet* para grandes clientes de este segmento. Este acuerdo supondría el salto cuantitativo que nos permitiría consolidarnos en el mercado como un referente de las conservas artesanales.

\*\*\*\*\*

## CAPÍTULO 4. RETOS Y OPORTUNIDADES

**E**n marzo de 2015 mi socia y yo asistimos nuevamente a un congreso de la Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero, celebrado en Santander, esa vez en calidad de ponentes.

En ese encuentro se daba protagonismo a los diferentes grupos de trabajadoras del mar, a través del testimonio de sus representantes y, especialmente, por medio de unos homenajes denominados «Historias de una vida en la pesca», que ponían en valor la experiencia de mujeres con una larga trayectoria en el sector. Aquellas que con su trabajo —como pescadoras, armadoras, mariscadoras, rederas o *neskatillas*— habían contribuido a dignificar y visibilizar el papel femenino en la actividad pesquera y acuícola. La mayoría de ellas ya eran caras conocidas para mí.

Su compromiso con el sector era digno de admirar, como también lo era el de las promotoras de los proyectos a los que les fue otorgado un reconocimiento al emprendimiento de la mujer pesquera. Profesionales de toda España que a base de tesón, creatividad y espíritu empresarial en diversos ámbitos —turístico, ambiental, comercial o artesanal— habían sabido adaptarse a los cambios, aprovechando las posibilidades de negocio para crear riqueza y empleo en sus respectivos territorios.

Con estas distinciones quedaba patente el peso histórico de las mujeres. No solo éramos una fuerza de trabajo indispensable, sino que nos convertíamos en agentes clave de progreso económico, social y cultural como garantes y transmisoras de los oficios tradicionales. Y, en los últimos años, también como artífices de la reinención del sector a través de la diversificación.

De hecho, la mesa redonda en la que interveníamos estaba llena de ejemplos de emprendedoras que habían conseguido explorar y explotar con éxito nuevas vías de ingresos para rentabilizar la propia actividad pesquera.

Estas mujeres habían favorecido la transición del sector hacia nuevos modelos productivos vinculados a actividades como la pesca-turismo, las visitas guiadas para dar a conocer su trabajo en el mar, la elaboración de artesanía —¡qué maravilla de bolsos y objetos de bisutería realizaban las rederas a partir de desechos y materiales reciclados de pesca!— o la puesta en marcha de establecimientos de hostelería y restauración basados en la cultura marinera.

En aquellas jornadas también se abordaron los avances que se habían producido en los últimos años en el ámbito de la igualdad. Se habló de la introducción explícita de este principio en la Ley de Pesca Marítima del Estado o de cómo se acababa de elaborar un plan estratégico de género específico para este sector. Para mí eran claros signos de progreso.

Sin embargo, también se pusieron de manifiesto los retos que existían en materia de liderazgo; pues, pese a todo, la presencia de la mujer en los órganos consultivos y decisorios del sector era aún limitada. «Para llegar hasta ahí debemos unirnos, aunque pertenezcamos a colectivos diferentes», defendía una de las participantes. «Tenemos que ganar voz y representatividad, y no solo a nivel local, sino también nacional».

Este mensaje empezaba a calar con fuerza entre las mujeres de la actividad pesquera que —tras décadas de trabajo invisible y silencioso, de organización y de profesionalización— estábamos dispuestas a tomar las riendas de nuestro futuro, haciendo del asociacionismo el principal medio para combatir la discriminación.

\*\*\*\*\*

Al año siguiente se constituyó la primera Asociación Nacional de Mujeres de la Pesca (ANMUPESCA), que aglutinaba a diversas organizaciones sectoriales de mujeres, o representadas por mujeres, pertenecientes a diferentes



regiones y perfiles profesionales para defender sus intereses y aumentar el conocimiento sobre su labor y contribución al sector. Mi socia y yo nos incorporamos poco después a esta entidad y participamos en las distintas reuniones que se convocaron.

En aquellos espacios de debate compartíamos opiniones y experiencias. Nos fuimos conociendo y empatizando unas con otras hasta darnos cuenta de que las dificultades a las que nos enfrentábamos por el mero hecho de ser mujeres no diferían mucho de unos territorios a otros, o se repetían en los distintos subsectores de actividad, pese a las particularidades de cada uno de ellos.

—Faltan datos. Si las mujeres no estamos contabilizadas cómo vamos a ser consideradas —se planteaba una trabajadora de la industria de la transformación y comercialización de pescado.

—Y no solo eso —añadía una redera—, todavía hay un problema de mentalidad. Nuestro trabajo en tierra sigue considerándose secundario respecto al que realizan los hombres en el mar o en las cofradías, donde no tenemos voz ni voto. ¡Así cómo vamos a contar con los mismos derechos!

—Lo peor de todo es que realizamos un trabajo precario —intervenía una *percebeira*—. Las condiciones son muy duras y estamos expuestas a enfermedades profesionales que ni siquiera son consideradas como tales. Y luego se quejarán del precio del marisco o se preguntarán por qué hay pocos jóvenes en estos oficios.

—Por no hablar de la falta de adecuación de los barcos o de las dificultades para conciliar —se sumaba una marinera.

—Al final, la mayoría de los problemas que estáis exponiendo son, en gran medida, consecuencia de nuestra tradicional falta de participación en el poder y en los procesos de toma de decisiones —concluía una de las portavoces de la asociación—. Hemos estado fuera y otros han decidido por nosotras sobre las cuestiones que nos afectan. Pero ya estamos aquí y hemos llegado para sumar, para revertir esa situación y aumentar la comunicación y la conciencia social sobre nuestra importancia en el sector. Vamos a hacer que se nos tenga en cuenta.

Yo estaba de acuerdo con todas ellas, y entendía que el poder sentarnos juntas y tener un espacio propio para debatir y aportar soluciones era ya de por sí un logro. Y de esta manera, a través del diálogo, aquellas conversaciones sirvieron para que, entre todas, pudiéramos definir y concertar medidas de interés recíproco en aquellos ámbitos que considerábamos prioritarios y, a partir de ahí, actuar como interlocutoras de la Administración y de los agentes sociales y sectoriales para transmitirles nuestras preocupaciones y necesidades, aunque tardáramos en ver resultados.

Aquellas reuniones, y las posteriores actuaciones que pusimos en marcha a través de esta asociación, también sirvieron de altavoz para hacer que esa conciencia social empezara a despertar. Y —a juzgar por los cada vez más frecuentes reconocimientos que recibíamos las mujeres del sector— parecía que nuestro trabajo, y el de los organismos y entidades que nos habían ayudado en este proceso, estaba dando sus frutos.

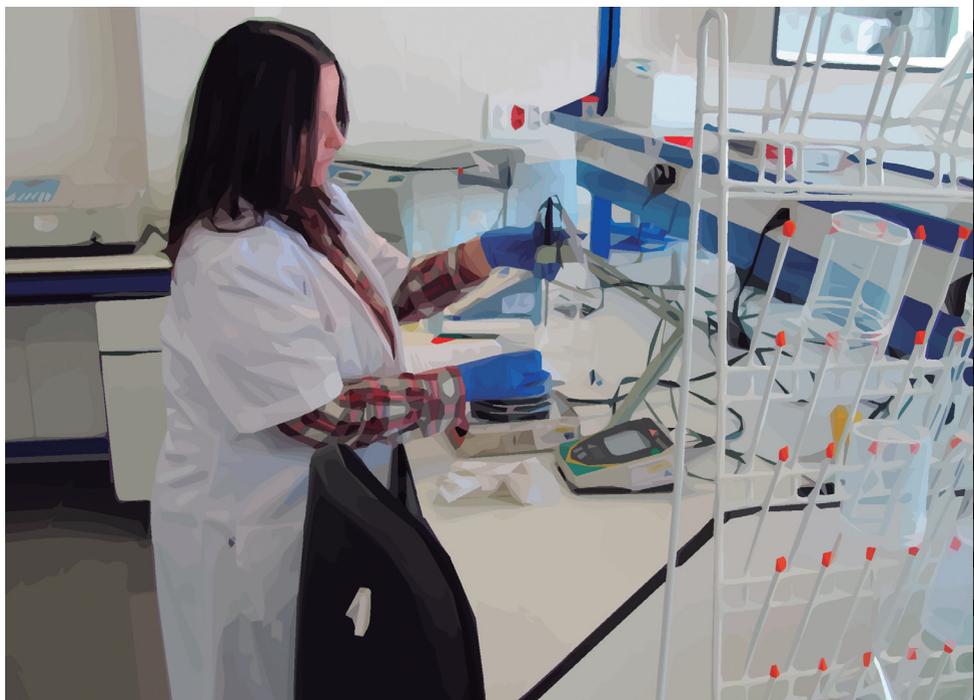
Muestra de ello era la Medalla de Oro al Mérito en el Trabajo que el Consejo de Ministros había concedido en 2016 a la Federación Galega de Redeiras Artesás O Peirao —la cual, años después, también recibiría la Medalla Castelao por parte del Gobierno autonómico de Galicia—, la Orden del Mérito Civil del Ministerio de Asuntos Exteriores con la que en 2015 la Casa Real había condecorado a la expresidenta de una asociación gallega de mariscadoras por su contribución a la dignificación de esta profesión, o el premio con el que la Administración de Andalucía galardonaba en 2017 a la primera mujer que lograba ser patrona mayor de una cofradía en el Mediterráneo. Y estos eran solo algunos ejemplos.

Las mujeres empezábamos a ser protagonistas del sector. En el fondo, siempre lo habíamos sido. Pero ahora nosotras mismas nos lo creíamos y el resto de la sociedad comenzaba a reconocerlo.

\*\*\*\*\*

A medida que las mujeres dábamos pasos hacia delante, nuestro negocio de conservas también progresaba a buen ritmo con el incremento de la producción. Un crecimiento que, con los años, había dado lugar a la ampliación de las instalaciones y a la expansión de la plantilla. Nuestra intención era seguir reinventándonos.

Justo en aquellos meses estábamos en conversaciones con un centro tecnológico y de investigación, puntero en acuicultura continental, para formar parte de un



proyecto piloto de tratamiento y valoración nutricional de subproductos procedentes de la industria conservera. El fin era aprovechar sus componentes lipídicos y proteicos, de elevado valor biológico, para la alimentación acuícola.

Mi socia y yo habíamos apostado constantemente por la innovación, por lo que veíamos que esta era una nueva oportunidad para mejorar la competitividad de la empresa, al tiempo que aumentábamos nuestro compromiso con el medio ambiente y la economía circular, convirtiendo los restos del procesado en nuevas materias primas.

La jefa del proyecto tenía un vasto currículo académico y coordinaba un equipo de alto nivel compuesto, en su mayoría, por mujeres.

—¿Acaso no es habitual? —le preguntaba.

—No, nosotras somos más bien una excepción —me aclaraba ella.

—Pues siempre he creído que en las facultades de biología, veterinaria... había muchas mujeres.

—Y las hay. En el primer escalafón de la jerarquía científica se da cierta paridad, pero a medida que asciendes te encuentras cada vez menos mujeres. Por eso debemos seguir motivando a las niñas para que estudien carreras de ciencias y, sobre todo, educarlas para que no se infravaloren, ni se dejen infravalorar.

Ella, desde luego, no lo había consentido, y había dado vueltas por medio mundo hasta asentarse en Japón, donde consiguió terminar su doctorado y participar en diversos proyectos de investigación, acumulando experiencia y haciendo valer su talento dentro de una sociedad poco dada a valorar a la mujer por su mérito profesional.

Luego decidió volver a España para aportar su granito de arena y seguir rompiendo las barreras de género. Y lo había logrado. De hecho, junto a sus compañeras, había publicado su trabajo en una de las cinco mejores revistas en el campo de la acuicultura a nivel mundial, «y eso está al alcance de muy pocos», comentaba orgullosa.

Gracias al alto impacto y prestigio de esa publicación pudieron captar la inversión necesaria para materializar un estudio que ahora se encontraba en fase de implementación, en colaboración con la Universidad y la Administración autonómica, y con el apoyo financiero de una piscifactoría próxima que había decidido extrapolar sus resultados al ámbito empresarial de forma experimental.

En aquellas instalaciones de cultivo —como observamos en una de nuestras muchas visitas— las mujeres también tenían un papel destacado en todos los eslabones de la cadena de valor, con presencia mayoritaria en las plantas de producción donde realizaban labores de transformación, procesamiento, envasado y comercialización. Pero también en las oficinas, en los puestos de administración y, cada vez más, en el control de calidad o en las actividades vinculadas a la innovación. «Vamos ganando terreno y es algo imparabile», señalaban las trabajadoras.



Y era cierto. Pese a los condicionantes todavía existentes, los avances en igualdad también se dejaban notar en la acuicultura debido, entre otros factores, a la incorporación de más tituladas o a la aplicación de políticas de conciliación por parte de las empresas —como la flexibilidad horaria o la reducción y acumulación de jornada—, de las que se beneficiaban tanto mujeres como hombres.

Así, poco a poco, también en este sector se superaba la tradicional segregación laboral por razón de género; una segmentación asociada a prejuicios que, a veces sin ser evidentes, todavía seguían presentes en nuestra sociedad a distintos niveles.

\*\*\*\*\*

## CAPÍTULO 5. MÁS PROTAGONISTAS

**M**i hija acababa de cumplir seis años, y ya empezaba a ser consciente de estas diferencias entre hombres y mujeres que ella no alcanzaba a entender.

—Mamá, hoy en el patio los de mi clase no me han dejado jugar al fútbol con ellos porque dicen que las niñas somos muy malas con el balón.

—¿Y tú les vas a hacer caso?

—No. Pero ¿por qué dicen eso si no me han visto jugar?

—Porque la gente a veces juzga sin saber, cariño.

—Pues si no me dejan el balón, mañana me llevaré el que me regaló papá y verán que eso no es verdad.

—¿Y si luego quieren jugar contigo?

—Pues yo sí les voy a dejar.

«¡Qué madura es!, aunque no será la única vez que tenga que hacer frente a prejuicios como ese. Afortunadamente ella está preparada para combatirlos», pensaba yo. Por eso era tan importante educar y concienciar desde la escuela, y también desde el entorno familiar y social, para desarrollar el pensamiento crítico de los niños y jóvenes ante los tópicos e ideas preconcebidas de género.

En eso estábamos inmersas en aquellos años desde la asociación, pues nuestra lucha trascendía lo puramente sectorial. Queríamos mejoras para todos los colectivos femeninos de la pesca, pero para ello era imprescindible visibilizar, sensibilizar y transformar. Había que romper los límites impuestos. Tal vez así ninguna niña, independientemente de lo que eligiera hacer en su vida adulta, tendría que lidiar con las mismas injusticias a las que yo y tantas otras nos habíamos enfrentado.

Con este objetivo, en noviembre de 2017 asistimos a un nuevo congreso de mujeres del sector, celebrado en Valencia, para hablar de liderazgo.



Era increíble lo mucho que habíamos logrado a lo largo de los años, pues ya no se trataba de reclamar la integración o el acceso a la actividad, sino de ir más allá. «Estamos preparadas para liderar, para ser protagonistas», afirmaban las jóvenes galardonadas en esa edición. Y es que estas nuevas generaciones —entre las que me incluía— estábamos cristalizando los cambios que nuestras madres y abuelas habían propiciado; cambios que quizás nuestras hijas ya no tendrían que plantearse si superábamos los retos que aún quedaban pendientes.

Todo eso lo habíamos conseguido juntas, y había que seguir en esa dirección en aquellos territorios en los que todavía no existían asociaciones de mujeres del sector que reivindicaran esos intereses compartidos. Precisamente esta fue una de las cuestiones que abordamos en ese encuentro, sembrando la semilla de nuevas organiza-

ciones que surgieron al poco tiempo en el Levante y en el Mediterráneo, como la Associació Dones de la Mar Grau de Gandia (ADOMAR), la Asociación Andaluza de Mujeres del Sector Pesquero (ANDMUPES) o la Associació Catalana de Dones de la Mar.

Éramos muchas y cada vez más fuertes. Pero aún podíamos llegar más lejos y cruzar fronteras, pues la desigualdad no suele entender de idiomas. De eso nos dimos cuenta un año más tarde en la I Conferencia Internacional de Mujeres de la Pesca, que se celebró en 2018 en Santiago de Compostela, y a la que acudimos más de 300 profesionales de la actividad pesquera y acuícola llegadas de todos los continentes.

El testimonio de las representantes de India, Nicaragua, Australia, Túnez o Senegal me hizo ver que las demandas de las trabajadoras del mar en todo el mundo no son tan distintas y que todas aspiramos a lo mismo: acabar con la tradicional discriminación de la mujer que, independientemente del contexto territorial, casi siempre se materializa en trabajos poco visibles y valorados, sujetos a muy duras condiciones, con escasa protección y proyección laboral y, esencialmente, peor remunerados.

En este contexto global, todas nosotras debíamos aunar esfuerzos a nivel internacional para poner freno a las desigualdades, un reto que había que abordar conjuntamente con las administraciones y agentes sectoriales.

Movidos por este espíritu de cooperación, todos los asistentes a la conferencia, representados por líderes mundiales de asociaciones de mujeres, suscribimos la Declaración de Santiago de Compostela por la Igualdad de Oportunidades en el Sector Pesquero y Acuícola. A este hito histórico, promovido por el Gobierno de España, se sumaron los Gobiernos de Portugal, Francia y Marruecos, así como representantes de Naciones Unidas —y su Organización para la Alimentación y la Agricultura (FAO)—, la Organización Internacional del Trabajo o la Comisión Europea, entre otros organismos.

Con este texto establecimos las bases y directrices estratégicas para implementar la perspectiva de género en el sector, intentar mejorar las condiciones laborales de los distintos colectivos femeninos e impulsar nuestro empoderamiento y liderazgo. Y aunque posiblemente se quedara en algo meramente simbólico —pensaba entonces—, esta declaración era una muestra más de hasta dónde podíamos llegar las mujeres del sector, capaces de movilizar la acción institucional para avanzar en la búsqueda de soluciones a nuestras reivindicaciones históricas.

En aquel escenario, España se convirtió en referente mundial en materia de igualdad, y éramos las mujeres del sector las que estábamos liderando ese proceso de reflexión y diálogo para cambiar las cosas. Y no íbamos a permitir un retroceso. Por ello, en los siguientes meses continuaríamos dando pasos al frente, de manera mucho más decidida.

Sin ir más lejos, en 2019, justo un año después de aquella conferencia, tuvo lugar la sexta edición del Congreso de la Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero, esta vez en Gijón y con un formato algo diferente. Para nosotras se había convertido ya en una cita ineludible, que esperábamos con ganas, pues suponía reencontrarnos con amigas, colaboradoras y asociadas. Esta vez, además, asistíamos con una doble ilusión, pues nuestra iniciativa empresarial —y, en concreto, nuestra apuesta por la sostenibilidad y la investigación— iba a ser distinguida con un reconocimiento a la innovación, que también recibirían otros siete proyectos promovidos por mujeres.

No pude evitar emocionarme; especialmente al recoger el galardón y, después, al escuchar las vivencias y anécdotas que compartieron con nosotras las trabajadoras jubiladas del sector pesquero asturiano con las que pudimos compartir un breve pero emotivo encuentro. También al oír a mis compañeras reivindicar los avances que habíamos propiciado en los últimos tiempos a tra-

vés del asociacionismo, y exponer los desafíos que aún quedaban por superar y las oportunidades que el sector debía aprovechar para darles respuesta.

No era solo impresión mía, sino una sensación generalizada: las mujeres del sector expresábamos con más claridad que nunca nuestros intereses, y lo hacíamos con rotundidad y firmeza, desde la razón y el corazón, pero también con serenidad. Ahora se nos empezaba a considerar como a iguales y a valorar propuestas que llevábamos años reclamando, y que hoy estaban un poco más cerca de hacerse realidad. Y al ser consciente de todo ello me invadió un profundo sentimiento de orgullo. Orgullo por todas y cada una de las figuras femeninas que he conocido a lo largo de esta historia que es mi vida y que, de un modo u otro, han contribuido a que llegáramos hasta aquí para seguir haciendo frente a los retos.

Mis abuelas, mi madre, mi amiga *percebeira*, las integrantes de la agrupación de mariscadoras, las que me precedieron en la escuela marítima, las mujeres que trabajan en la lonja y los mercados, las *neskatillas* y empacadoras, las rederas del puerto, las pescadoras de La Albufera, la armadora que me dio la oportunidad de embarcar, las compañeras de la fábrica de conservas, mi socia y todas las emprendedoras como ella, las detallistas y comercializadoras con las que coincidimos en las ferias gastronómicas, la mayorista que nos ayudó a despegar, las compañeras de la asociación, las científicas e investigadoras, las trabajadoras de la acuicultura, las que se unieron para alzar la voz... Todas esas mujeres valientes, incansables y luchadoras, cuyas trayectorias vitales y profesionales han estado —y seguirán estando— profundamente ligadas al mar.

Un mar que las ha visto crecer y que les ha proporcionado sustento, fortaleza, libertad y sabiduría.

Un mar que, pese a los sinsabores, las ha llevado a profesionalizarse, a emprender, a asociarse y a conseguir más representación.

Un mar que ha sido testigo de su lucha por la igualdad de género.

Un mar que permanecerá, como también lo harán sus oficios y el patrimonio marinerero que ellas han contribuido a transmitir y preservar.

Un mar de historias con nombre de mujer.

\*\*\*\*\*





## EPÍLOGO

**E**ste relato está dedicado a todas las mujeres que formáis parte de la historia de nuestra pesca y que estáis, o habéis estado, presentes en todas y cada una de las áreas de actividad que se desarrollan a lo largo de la cadena de valor, haciendo que el sector pesquero español sea hoy más integrador, competitivo y sostenible.

Hemos querido que todos los colectivos con presencia femenina estuvieran representados en esta narración que, aunque ficticia, busca recoger una realidad que vosotras mismas habéis transmitido, a lo largo de estos años, a la Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero, que ahora cumple una década.

Deseamos que este relato sirva de humilde homenaje a las profesionales que hoy trabajáis en la actividad pesquera y acuícola, y a aquellas que os precedieron y que fueron pioneras en la lucha por la igualdad de oportunidades. También nos gustaría que valiera de reflexión e inspiración para las nuevas generaciones que os darán relevo.

Ojalá que este reemplazo se produzca no solo para asegurar la continuidad del sector y la supervivencia de sus oficios, sino para superar los nuevos retos y consolidar los logros que hasta ahora se han alcanzado gracias a la unión, esfuerzo y reivindicación de todas vosotras: las protagonistas de esta historia.

SECRETARIADO DE LA RED ESPAÑOLA  
DE MUJERES EN EL SECTOR PESQUERO



# Un mar de historias con nombre de mujer

**Red Española de Mujeres en el Sector Pesquero**

Secretaría General de Pesca  
Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación (MAPA)





Mafalda Idoia Maia Ilen Itxaso Paz  
Belinda Rebeca Maitane Cecilia Leila  
Benita Calista Myriam Neus Llanos  
Cayetana Anabel Vanesa Deina Nerea  
Mariles Dionisia Prado Emma Marga  
Gabriela Gala Jazmín Juana Leonor  
Almudena Edurne Leire Rosalía Chelo  
Estibaliz Luz Linda Amelia Lola Iratxe  
Lucena Tania Guada Antonela Luján  
Ivana Argentina Tamara Naiara Olaya  
Purificación Valeria Pía Ainhoa Diana  
Ada Violeta Assumpta Roberta Gema  
Sonsoles Sofía Tatiana Alaiá Aina  
Trinidad Concha Charo Flora Paula  
Sandra Elvira Arantxa Emilia Agnes  
Gloria Melinda Enara Irune Adriana  
Nazareth Lourdes Ondina Antia Laia  
Cruz Maitena Angels Vega Isora Aina  
Nekane Zuria Rosana Mireia Cathaysa  
Alejandra Joana Fátima Yolanda  
Sara Mercé Meritxell Isabel Nagore  
Digna Esperanza Piedad Roser Dolors  
Reme Socorro Viviana Nuria Patricia  
Amanda Adelaida Eloisa Zenobia  
Lorena Paloma Llum Camino Estrella